

¿Cuál Le Corbusier?

*Un examen de las primeras reacciones del campo técnico-cultural argentino
frente a una expresión directa de la arquitectura modernista europea;
28 de septiembre al 15 de noviembre de 1929*

Jorge Francisco Liernur

CESCA-CONICET / IAA-UBA

A diferencia de lo que Le Corbusier probablemente imaginaba, la sociedad y la cultura de Buenos Aires tenían, a pesar o –quizás, por el contrario– a raíz de su cosmopolitismo, una importante dinámica propia y una excepcional densidad. De manera que su enérgica actitud y la convicción con que expresó sus ideas durante sus conferencias no bastaron para que sus propósitos alcanzaran un gran desarrollo. Más bien parece haber ocurrido que, luego del restringido pero importante interés inicial que despertó su llegada, su figura fue perdiendo poco a poco centralidad. Como es sabido aunque no siempre adecuadamente ponderado, su visita fue financiada por tres distintas instituciones, las que de algún modo representaban a otros tantos sectores de la cultura: cinco conferencias estuvieron a cargo de la Asociación Amigos del Arte (AAA), cuatro a cargo de la Facultad de Ciencias Exactas (FCE) de la Universidad de Buenos Aires y una a cargo de Asociación Amigos de la Ciudad (AAC).

En el círculo de la AAA, pero sobre todo en la opinión pública, el efecto que sus conferencias pudieron haber causado fue atenuado e incluso puesto en cuestión por otro huésped, el escritor Waldo Frank, cuyas presentaciones fueron también promovidas por la Asociación y auspiciadas por el Instituto de Cooperación Argentino Norte Americano (ICANA). Frank, se recordará, pronunció sus primeras conferencias el lunes 1 y el martes 2 de octubre en la misma sede de AAA en que Le Corbusier lo hizo el miércoles 3, día en que el norteamericano continuó su ciclo en la Facultad de Filosofía y Letras. Como puede comprobarse, su presencia se tramó, superponiéndose, con la del arquitecto suizo, quien prosiguió sus presentaciones los días 5, 8, 10, 11, 14, 15, 17, 18 y 19. Pero mientras que de las conferencias de Le Corbusier los diarios publicaron pequeños resúmenes, o algunas veces apenas anuncios, las presentaciones de Frank se reprodujeron de manera textual, tomando

Esta presentación es la versión preliminar de un parágrafo del tercer capítulo de un libro en preparación –realizado juntamente con Pablo Pschepiurca con el auspicio de la Harvard University Graduate School of Design– dedicado a las relaciones de Le Corbusier con la Argentina. Por esta razón no se analizan aquí los motivos y la preparación del viaje, ni las alternativas y actividades concretas desarrolladas durante la estadía, ni los proyectos arquitectónicos, ni los contenidos de las conferencias publicadas al año siguiente en “Precisiones sobre un estado presente de la arquitectura y el urbanismo”. No hemos podido registrar reacciones a su propuesta urbana dentro del período analizado. Las hubo, por supuesto, y muy importantes con posterioridad.

una página entera de los grandes periódicos como *La Nación* o *La Prensa*. Frank fue recibido incluso en distintas provincias, a las que viajó en un avión puesto a su disposición por el presidente de la Nación.

Es imposible saber si se trató de una coincidencia planeada, pero las conferencias simultáneas configuraron una verdadera oposición de paradigmas, una anticipación del contrapunto en que se debatiría buena parte de la cultura argentina en la década siguiente: mientras el calvinista europeo Le Corbusier interpelaba la fibra latina de los argentinos y los llamaba a recuperar de ella el sentido clásico, el judío norteamericano Frank presentaba un americanismo mítico como alternativa a una Europa exangüe, un americanismo en el que se unirían el progresismo del Norte con el espiritualismo del Sur en una síntesis nueva. Uno celebraba el racionalismo y propagandizaba nada menos que la casa como *machine à habiter*, y el otro achacaba a la Razón la liquidación de la libertad y sostenía —como escribiría años más tarde— que el técnico típico

[...] es un hombre sin contacto con la totalidad de la vida y esencialmente estéril. Por algún tiempo podrá manejar todavía y hasta mejorar las máquinas cuyos principios descubrieron sus antepasados. Pero a medida que se aleje el manantial creativo de donde brota su potencia intelectual, y a medida que sus máquinas se hagan más complejas, el abismo se abrirá más cada vez entre su dominio y sus tareas. Y puede llegar el día en que sin la sabiduría ya, el hombre que vive en contacto, no con una serie de cosas sino con la vida misma, el especialista sea incapaz de dominar la máquina.¹

Ambos eran críticos de lo que Le Corbusier llamaba la “paradoja patética” de Nueva York. Pero éste proponía ir mucho más allá en Buenos Aires e imaginaba al grupo de los doce rascacielos sobre el río como “sede de comando en el orden en la organización, en la reflexión, en la grandeza, en el esplendor, en la dignidad, en la belleza”. De esos edificios había escrito que “revelan el cerebro de la ciudad, el cerebro de todo el país. Representan el trabajo de elaboración y de comando sobre el que se regla la actividad general”. Diez días antes, en el mismo lugar, se escucharía decir a Frank que los rascacielos

[...] no son la realización estilizada de un ideal sino templos erigidos a los dioses americanos de la edad del instinto, la magnitud, la masa, la igualdad democrática, la expansión superficial, dioses del culto del Poder [...] Símbolo de una sociedad de rebaño cuyo orden es la masa, cuyos sostenes son materiales y políticos, no las almas humanas sujetando a la nación.²

Luego de la última conferencia de Le Corbusier, la noche del sábado 19 de octubre, la AAA ofreció, probablemente en casa de Victoria Ocampo, a ambos visitantes una ocasión pública de encuentro en una velada de tango y folklore. También es necesario recordar que la escritora conoció personalmente a Frank en esa ocasión, con motivo de su conferencia sobre Chaplin, y que fue este primer contacto lo que la estimuló a concebir el gran proyecto de su vida, la revista *Sur*. No es difícil entonces comprender la exaltación intelectual

¹ Waldo Frank, *America Hispana; South of Us, The Characters of the Countries and the People of Central and South America*, Nueva York, 1934.

² Waldo Frank, Conferencia publicada en *La Prensa*, Buenos Aires, 8-10-1929.

que en esos días la acercaba intensamente al huésped norteamericano. De Le Corbusier, en cambio, debió recibir una impresión chocante, desde su primera broma el día de su llegada. Aquella vez, la noche del sábado 28 de septiembre lo esperaban en el puerto Victoria y “una cantante francesa”, y Le Corbusier, para “evitar solemnizar” su encuentro, actuó de este modo:

Primera pregunta: “Señor Le Corbusier, ¿le gusta la música?”. Respuesta: “Apasionadamente. Me gustan sobre todo las marchas militares turcas porque desde muy lejos se oye el bombo...”. Inquietud en mis interlocutoras.³

Con ironía Victoria recordaría muchos años después que las características del maestro suizo eran “exactamente lo que podía despertar la mayor simpatía en ese momento de mi vida”. Las acababa de describir del siguiente modo:

[...] tiene un encanto particular, el encanto (muy evidente a mis ojos) que puede tener el dibujo de una espiral, de una estrella de cinco puntas, de una voluta, de un polígono... ¿Cómo explicarlo? Absorbido, devorado, hechizado por su *métier*; sin interesarse en otra cosa y en la pintura; hablando argot hasta en sus conferencias; entusiasta, accesible, divertido al escucharlo, siempre activo en ese sueño que él persigue con los ojos abiertos. Físicamente muy grato de mirar, tan prolijo, tan limpio como la fachada de cristal del rascacielos...⁴

Pero no sólo la presencia de Frank eclipsaba a Le Corbusier. En la nota de invitación a la velada de tango dejada en el Hotel Majestic el día anterior, su anfitriona se disculpaba por no haber asistido a su conferencia en la AAC. Ninguna mención hay en la nota acerca de las razones de esa ausencia; al mismo tiempo en la sede de la AAA, Alfonso Reyes había dictado una conferencia sobre Mallarmé, cuyos versos Victoria misma recitó. De acuerdo con los testimonios que poseemos, otras figuras vinculadas a Amigos del Arte con las que Le Corbusier pudo establecer relaciones más estrechas fueron –además de la señora Ocampo y de González Garaño– Enrique Bullrich, Miguel Ángel Cárcano, Matías Errázuriz, Julio Rinaldini, Alberto Prebisch, Wladimiro Acosta y María Rosa Oliver. En todos los casos, más allá de algunas pocas gestiones posteriores de mutuas conveniencias, y teniendo en cuenta la extraordinaria potencialidad política y económica del grupo, esas relaciones confirmaron a Le Corbusier su cercanía a los “puestos de comando” pero no tuvieron importantes consecuencias inmediatas.

La de Matías Errázuriz, quien le encargó una casa de verano en Zapallar sobre la costa chilena, fue una excepción. Bullrich, hijo de un intendente de Buenos Aires y miembro de una importante compañía ligada a los negocios agrarios, sería mencionado frecuentemente en la correspondencia de los años treinta como uno de sus mejores amigos en la Argentina. Quizás encontró a Le Corbusier en alguno de sus viajes a París, pero rara vez respondió su correspondencia. Cárcano era en 1929 diputado por la provincia de Córdoba y no hay evidencias de su relación con Le Corbusier hasta que ésta se refrescó en 1938 con

³ Le Corbusier, Carta a María Renée Cura, secretaria de la Comisión de Homenaje a Victoria Ocampo, París, 6-5-1962, publicada en *Casas 25*, Buenos Aires, 1992.

⁴ Victoria Ocampo, *Autobiografía*, VI, Buenos Aires, 1984.

motivo de su designación como embajador argentino en París. Crítico de arte, Rinaldini había sido uno de los más fuertes defensores de la estética modernista de la casa de Rufino de Elizalde. Su relación también se prolongó en los años siguientes, aunque en ningún momento parece haber respondido a algún lazo profundo. En cuanto a Prebisch, se recordará que había conocido al maestro en París, y por el modo con que presentará más adelante las Conferencias en *Sur* es evidente que asistió a ellas en 1929. Aunque amable, la nota mediante la que se despidió de él el 14 de noviembre refleja por parte de Le Corbusier una actitud distante, y muestra que no lo incluía en la estrategia que había imaginado para impulsar sus planes para la ciudad. Sólo “en caso de que el programa proyectado se realizara en el futuro –le escribe– yo sería feliz de apelar a su ayuda, así como la de todos aquellos que tienen el mismo ideal que nosotros”. En esa misma nota le deja saludos para el “señor Constantinovsky” para quien aparentemente ha “escrito a Moscú”. Es sabido que Constantinovsky (Wladimiro Acosta) era un arquitecto de origen ruso que acababa de llegar a Buenos Aires luego de una intensa experiencia con la vanguardia alemana. Le Corbusier no pudo dejar de conocer sus trabajos puesto que éstos se expusieron a partir del miércoles 23 de octubre en la sede de la Asociación.

Mas allá de la desprejuiciada posición de la autora, en las impresiones sobre Le Corbusier que María Rosa Oliver relató en su autobiografía puede leerse entre líneas una relación ambigua: de respeto, de curiosidad y de interés, pero simultáneamente de un extrañamiento y una distancia que refuerzan la sensación de relativo aislamiento que parece haber caracterizado su estadía.

A los pocos días de llegar –recuerda María Rosa– lo llevé improvisadamente a almorzar a casa. Al entrar miró los ámbitos que se iban en altura pero nada dijo. Después supe que hizo esta reflexión: “En la casa de la gente más petisa que he conocido he visto las puertas más altas”. Tal vez la sorpresa que le causó comprobar hasta qué punto el sentido de lo funcional faltaba en esa vivienda le hizo pasar inadvertido el hecho de que la dueña de casa, sentada a la cabecera de la mesa, lo saludara fríamente mientras con la mirada le recriminaba a su hija que llegara tarde y con un invitado “desconocido”. En mi auto, que ya empezaba a sonar a chatarra, salí varias veces con Le Corbusier a reconocer la ciudad desde cuyas calles, según él, no se ve el cielo, y a la cual –lo advirtió en seguida– le han escamoteado el río. El río en el que su imaginación integraba espigones con viviendas. Le recordé entonces que a espaldas de Buenos Aires la pampa es más espaciosa que el estuario. “Aquí se está mas cerca del centro” me dijo en la Costanera, y calculó el tiempo que toma transportarse del taller, la obra en construcción o la oficina hasta la casa habitación y viceversa.⁵

Con sus ambigüedades, con sus perplejidades, la élite vinculada a la AAA fue sin dudas la principal interesada en la organización de la visita de Le Corbusier. Es importante advertir que los factores que colocaban al maestro a la “derecha” de las posiciones más radicalizadas no eran ignorados por este sector de sus anfitriones. Por el contrario, el programa estabilizador del purismo frente al cubismo, la explícita voluntad estética de las teorías corbusieranas, su manifiesta vocación clasicista, sus relaciones con clientes ricos y sofisticados, definían al maestro suizo como uno de los más aceptables exponentes de un pro-

⁵ María Rosa Oliver, *La vida cotidiana*, Buenos Aires, 1969.

grama de reforma del gusto posible de intentar en la Argentina. Una reforma que no se presentara necesariamente articulada con peligrosas dinámicas de transformación social, y que descartara toda sujeción a caprichos subjetivistas apelando por el contrario a la disciplina, al saber y al orden. En este sentido, el Le Corbusier que trajo a Buenos Aires la AAA era el de *L'Esprit Nouveau*, el inteligente renovador amigo de Ozenfant y de Leger, el creador de la casa de Gertrude Stein, y del coleccionista Larroche: el artista.

Ése fue el personaje dibujado en la más calurosa acogida de sus teorías publicada el 6 de octubre en una página completa del periódico *La Nación* —el más vinculado al grupo de la AAA— con la firma de C. A. Herrera Mac Lean. En ese artículo —titulado “La Nueva Arquitectura y las teorías de Le Corbusier”— el autor reivindicaba en plenitud el camino directo y por ello algo brutal (“arrancándonos a un cómodo sueño nos sacude a veces bruscamente. Su ríspido lenguaje, que nada perdona, derrumba viejos ídolos”) que a través del maquinismo conducía a Le Corbusier al “advenimiento de una nueva estética”. No se trata, en otras palabras, de una mera reivindicación “objetivista” o ingenuamente “futurista” de la retórica maquinista. Según Herrera Mac Lean, por encima de todas las “artes de vanguardia [que] aspiran por igual a expresar el carácter de este siglo inquieto” la arquitectura debe ser tenida especialmente en cuenta por ser el único “arte utilitario y lírico [que] ha conseguido acusar los signos de la hora”. El artículo expresaba claramente la especial colocación de Le Corbusier, explícitamente preocupada por mantener lazos con la tradición que le permitan *combattir* la desagregación maquinista metropolitana y obtener una nueva armonía. En ese sentido, el enunciado de Herrera-Le Corbusier constituía un perfecto programa de renovación conservadora para este grupo de la élite del Buenos Aires caótico y cosmopolita construido como consecuencia de la modernización. Un programa que quedaba expresado en el siguiente párrafo:

Discuten teorías los literatos y se reúnen en capillas hostiles los pintores; la música rompe sus moldes y corre como un torrente desatado. La arquitectura, dominando el azaroso panorama en medio de la inquietud, sienta su estatismo. En medio a la vorágine se reviste de serenidad.[...] Dejé el énfasis y se hizo humilde. Encontré la fórmula clásica desligándose del clasicismo. Y es el arte que hoy, en verdad, ha retornado a la perdida senda helénica.[...] En medio del desorden implanta el severo teorema del equilibrio. *Y une a los hombres y une las distintas razas dentro de una misma norma.*

¿A cuál Le Corbusier escucharon en cambio los profesores y alumnos de la Escuela de Arquitectura? ¿Por qué motivos esta institución asumió casi la mitad del esfuerzo organizativo y financiero de esa visita? Es extraño, pero aunque ese hecho mismo debería haberlo desmentido, en la representación que ha quedado instalada en la cultura argentina ese protagonismo está ausente: según ella sólo unos pocos arquitectos —Vautier, el nombrado Prebisch, Antonio Vilar— se habrían asociado a González Garaño y Victoria Ocampo en la promoción de la experiencia, *a pesar* o en contra del deseo de los restantes.

Es cierto que la Sociedad Central de Arquitectos, o más bien la *Revista de Arquitectura* editada por esa institución y el Centro de Estudiantes de Arquitectura, ignoró la presencia de Le Corbusier en Buenos Aires. Pero no todas las instituciones o grupos vinculados a la arquitectura actuaron del mismo modo.

En primer lugar la Escuela de Arquitectura. Como es sabido, ésta formaba parte de la

Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, junto con las escuelas de Ingeniería y de Química. Su dirección, como resultado del proceso de la Reforma Universitaria desencadenado en 1918 y de la redacción del Estatuto de la Universidad de Buenos Aires en 1923, estaba a cargo de un Consejo Directivo integrado por representantes de las tres escuelas, elegidos por profesores, egresados y alumnos. El decano de la Facultad, designado por ese Consejo, era en 1929 el ingeniero Enrique Butty, y no parece contradictorio que haya apoyado la presentación de Le Corbusier.⁶ En primer lugar, porque las posiciones de las autoridades universitarias –y particularmente en la Universidad de Buenos Aires, donde la Reforma llegó como eco del proceso desencadenado en Córdoba– no siempre coincidían con las del claustro de profesores. En la Facultad de Derecho, por ejemplo, el nuevo régimen logró instalarse luego de denodadas resistencias recién en 1930. En la Escuela de Arquitectura podía haber profesores que defendieran la tradición de la Academia de Bellas Artes de París, pero como René Karman muchos suponían que esa tradición *también* podía incluir elementos de la renovación en curso, aunque no coincidieran con las posiciones de Le Corbusier y estuvieran en cambio más dispuestos a aceptar el clasicismo estructuralista de Perret. La renovación técnica era una de las líneas maestras de la política universitaria y el propio rector, el Dr. Ricardo Rojas, fomentaba las “profesiones técnicas” contra el “cuadro verbalista de la Universidad tradicional que algunos se obstinan en defender contra las impetuosas corrientes de la vida y las necesidades de la cultura moderna”. El conflicto entre esas nuevas “impetuosas corrientes” de la técnica y la tradición “verbalista” era lo que expresaba precisamente la resistencia a la renovación en el bastión tradicional de esa tradición, la Facultad de Derecho, en oposición a la línea seguida por facultades como la de Medicina, con su decano el Dr. Bernardo Houssay –futuro Premio Nobel–, y la de Ingeniería con el decano Butty.

Egresado en 1910, Butty fue uno de los más activos e interesantes ingenieros argentinos de la primera mitad del siglo. Ya en el Congreso Americano de Estudiantes de ese mismo año había enunciado poco antes de graduarse las bases de la línea que orientaría en adelante sus acciones como un intelectual progresista.

El ingeniero –sostuvo entonces– no sólo tiene por misión construir obras y manejar máquinas; debe además desempeñar un rol importante en la sociedad, un rol económico, un rol político; debe entrar de lleno en las esferas dirigentes y gubernativas, no sólo para proyectar y construir tal puente o tal puerto, sino también para contribuir con su acción al progreso del país. Y para ello debe tener una sólida cultura general, que le permita seguir todas las manifestaciones de la vida, tanto del punto de vista artístico y literario, como del punto de vista político, como del punto de vista económico. Se debe ser en una palabra hombre, hombre culto antes que ingeniero.⁷

Para Butty la formación humanística era fundamental porque concebía al ingeniero ante todo como un dirigente, como un constructor de la sociedad. Sus trabajos pragmáticos en las obras de puertos y muelles fueron tan importantes como sus estudios de técnicas de de-

⁶ Cf. *Discursos pronunciados por el Dr. Ricardo Rojas y el Ingeniero Enrique Butty en la transmisión del Rectorado el 1.3.1930*, Buenos Aires, 1930.

⁷ Enrique Butty, *¿Qué es el ingeniero? y otras conferencias*, Buenos Aires, 1961.

sarrollo y aplicación del hormigón armado, y sus investigaciones teóricas en matemáticas, de extendido reconocimiento internacional. De la amplitud de sus conocimientos dan cuenta dos de sus libros, la *Introducción Filosófica a las Teorías de la Relatividad y La duración de Bergson y el tiempo de Einstein*, de extraordinaria importancia si se recuerda que Albert Einstein fue al año siguiente huésped de la Universidad de Buenos Aires. Como veremos enseguida, fueron varios los profesores de la Escuela interesados en la visita.

El auspicio de la visita de Le Corbusier estaba en línea con otras medidas, como la incorporación de la materia Urbanismo al nuevo Plan de Estudios aprobado ese mismo año, el ingreso al Consejo Directivo del arquitecto Croce Mujica como representante de los estudiantes de la Escuela, o la promoción apenas unos meses antes de la presencia del profesor Eugenio Steinhoff de la Escuela Nacional de Artes Decorativas de Viena. Steinhoff había sido miembro del Jurado del Concurso para la Sociedad de las Naciones, que como es sabido otorgó en primera instancia el primer premio a Le Corbusier y Pierre Jeanneret. Las relaciones entre Steinhoff y Le Corbusier eran cordiales y se remontaban probablemente al paso de éste por Viena durante su viaje a Oriente. En 1926 ambos hicieron gestiones para organizar una muestra de la obra del maestro suizo en esa ciudad. En su conferencia en la Escuela de Arquitectura de Buenos Aires – que trató sobre “La Arquitectura Moderna en Viena y sus aspectos sociales y estéticos” –, Steinhoff no fue condescendiente con la política edilicia del austromarxismo, pero su exposición de las obras y proyectos de viviendas sociales fue amplia, y sus críticas –programáticas, funcionales, constructivas y estéticas– no fueron ejercidas desde posiciones conservadoras sino reivindicando como más avanzados los criterios urbanos e incluso formales aplicados por los socialdemócratas alemanes. Es más, según Herrera Mac Lean, con su presentación Steinhoff había “anatemizado la vieja arquitectura, exponiendo con claridad los principios que harán posible el advenimiento de la nueva estética”.

Su presencia debería llamar la atención en un contexto homogéneamente antimodernista, pero como hemos visto resulta coherente en un clima que, *al menos hasta los acontecimientos de 1930* y a su manera, no desdeñaba la búsqueda de distintos caminos de renovación. Es interesante recordar que en marzo de 1930 Enrique Butty asumió como rector de la Universidad de Buenos Aires, en reemplazo del Dr. Rojas, pero que su gestión solo duró hasta diciembre de ese año, cuando presentó su renuncia como consecuencia del golpe militar de septiembre.

Volviendo a los arquitectos, es necesario destacar que sus posiciones no fueron homogéneas sino ampliamente matizadas. Si bien es cierto que la publicación de la Sociedad Central de Arquitectos no dio cuenta de la presencia de Le Corbusier, varios de sus miembros más destacados, profesores de la Escuela, asistieron a las conferencias, establecieron contacto personal con el visitante, y en algunos casos admitieron el fuerte impacto de sus ideas. Tales fueron los casos de E. M. Real de Azúa, Raúl Pasman, Alberto Coni Molina y Raúl Álvarez, quienes se presentaron o le fueron presentados.⁸ A pesar de su preferencia por el clasicismo, en un enfrentamiento indirecto con Benito Carrasco a través de una discusión con Amigos de la Ciudad publicada en el mes de agosto, Coni Molina había reivindicado a Lecorbussier (sic) junto a Sitte, Jaussely y Hebard entre los más importantes “re-

⁸ Cf. Tarjetas de presentación en Fundación Le Corbusier (FLC).

formadores de ciudades”.⁹ Y Álvarez, también clasicista en sus obras, anudó una relación de suficiente confianza como para que el huésped le encargara varios favores. Tratándolo como “colega y amigo” se despidió diciéndole:

Créame que conservo de su visita y de sus provechosas conferencias una enseñanza que me será muy útil, pues me ha servido para comprender su obra y su pensamiento completamente a pesar de conocer todos sus libros. Deseo que esta vinculación continúe y espero poder molestarlo por carta cuando necesite nuevas ideas, puesto que los arquitectos del nuevo mundo necesitamos siempre las ideas de Europa que marcha con hombres como Ud. a la cabeza de un movimiento de reforma que nadie puede detener.¹⁰

Por otra parte, la *Revista de Arquitectura* de la Sociedad Central de Arquitectos no era la única voz de los profesionales. Además de ella circulaban en Buenos Aires la *Revista del CACYA* (Centro de Arquitectos Constructores y Afines) y *Nuestra Arquitectura*. De criterios rígidamente corporativos, la *Revista de Arquitectura* defendía de manera excluyente los intereses de los asociados y de los profesionales reconocidos como tales y tenía un carácter marcadamente conservador. Las restantes publicaciones eran por este motivo órgano o bien de otros operadores de la edificación —mucho más numerosos—, o bien de corrientes estéticas o culturales con mayor espíritu renovador.

La *Revista del CACYA* era una buena expresión de las transformaciones sociales y culturales que habían ido produciéndose en la ciudad con la modernización y la inmigración masiva. Se publicaba desde 1927 y daba expresión a pequeños constructores o a profesionales —como Alberto Bourdon o Andrés Kalnay— para quienes en razón de su origen y posiciones era casi imposible penetrar el cerrado círculo ligado al poder y las instituciones tradicionales que se agrupaban en la SCA. Por ese motivo albergaba las obras y proyectos que intentaban una crítica a la tradición académica, pero descartando simultáneamente la búsqueda del “estilo nacional”. En el número de octubre de 1929 publicó un artículo central de Fernando Tognetti en el cual se analizaban —en términos muy similares a los que caracterizaban la publicística de Le Corbusier— las tendencias a la homogeneización que eran consecuencia de la modernización y la metropolización, aunque se oponía como ulterior resultado del proceso una recuperación de la individualidad y la particularidad. En el número de noviembre la revista saludó la presentación del proyecto Ghioldi para “Un Plan Regulador”. Ninguna mención se hizo entonces de las conferencias, pero meses después, evidentemente como consecuencia de ellas, la publicación comenzó a albergar en entregas periódicas la primera traducción castellana de *Vers une Architecture*.

Dirigida por el socialista Walter Hylton Scott, *Nuestra Arquitectura* comenzó a publicarse en agosto de 1929 con un interés marcado aunque todavía no exclusivo por la producción modernista europea vinculada a los CIAM. Es importante destacar que fue la única publicación especializada que destacó de manera positiva, inmediata y contundente la posición de Le Corbusier. En su número de octubre calificaban al visitante como “uno de los apóstoles de la arquitectura moderna” y explicaban que en una entrevista en la AAA

⁹ Alberto Coni Molina, “Definiendo posiciones”, en *Revista de Arquitectura*, No. 104, Buenos Aires, agosto de 1929.

¹⁰ Correspondencia, FLC.

proporcionándoles fotografías originales les había propuesto que publicaran una nota sobre su obra aparecida en *L'Art Vivant*, cosa que hicieron respondiendo a la "natural curiosidad que tendrán nuestros lectores por conocer más de cerca las tendencias que encarna el genial y discutido autor de *Vers une Architecture*. La nota, ilustrada con un retrato e imágenes del Palacio de las Naciones y las casas Stein y Larroche, consiste en una biografía con referencia a la evolución de sus ideas y proyectos, hasta llegar al enunciado de los resultados del primer CIAM de La Sarraz. Quizás como una suerte de equivalente argentino, o como gentileza hacia su dueña y hacia quien tanto la había alabado en sus conferencias, el número se completó con una abundante publicación de la casa de Victoria Ocampo. En la edición de noviembre nuevamente Le Corbusier ocupó el lugar más importante en la revista, esta vez mediante la traducción de "La casa y la ciudad", un artículo de su autoría publicado en *Architectural Review*. Desde su introducción, el comentario da cuenta de la polémica suscitada en esos días por las conferencias: "Cualquiera que sea la opinión del lector sobre las teorías arquitectónicas de M. Le Corbusier...". Y en seguida se hace explícito:

Las teorías de M. Le Corbusier partiendo de cero resuelven los problemas planteados de manera ideal; ¿pero está en nuestras manos resolverlos así? (sic). Es allí, donde se encuentran el teórico y el práctico, el que parte de nada para establecer una doctrina y el que ha de contar con la realidad para modificarla en la medida de las necesidades que apremian, que está el punto de divergencia entre M. Le Corbusier y sus adversarios.

Las manifestaciones más rotundas de esos "adversarios" dieron cauce a las dos principales corrientes —a su vez opuestas entre sí— de mayor consistencia teórica en la cultura arquitectónica argentina de esos años, y encarnaron en dos de sus voces respectivamente más representativas. Nos referimos a las posiciones de Alejandro Bustillo y de Ángel Guido.

Bustillo publicó su opinión en *La Nación*, el 28 de octubre bajo el título de "Reflexiones sobre Arquitectura". Aunque en el enunciado del trabajo aludió a la necesidad de polemizar con las posiciones de los dos recientes visitantes, Le Corbusier y Steinhoff, su discurso estuvo dirigido a enfrentar especialmente las teorías y obras del primero. Defensor de un severo clasicismo, Bustillo se colocó a sí mismo en la posición del profesional experimentado y perfectamente *a la páge*, y a sus adversarios como enredados por un caprichoso e injustificado deseo de renovación. Mediante argumentos previsibles sostuvo que muchos preferían construir en "estilo moderno" ante todo porque era más fácil de documentar que el "estilo antiguo": mientras una casa proyectada de esta forma costaba "7 a 8.000\$ en planos", el gasto se reducía a 1.000 o 2.000\$ si se empleaban las simples y pobres formas modernistas. Su principal desacuerdo con los arquitectos aludidos consistía en la eliminación de la decoración que ambos propugnaban. A juicio de Bustillo el rechazo de las normas clásicas que ellos promovían conducía innecesariamente al "error y la arbitrariedad". No se trataba de descartar los recursos técnicos disponibles, pero "un buen arquitecto animado por ese espíritu de orden y propiedad, hará una obra moderna con todos los requisitos de 'confort' deseables, sin apartarse para nada de aquellas reglas y principios que tan bien traducen las características del espíritu humano". La eliminación de la decoración era un despropósito, una forma de liquidar las posibilidades expresivas y poéticas de la obra cuando en ella, como en toda expresión de arte, "lo que se busca es que la

belleza se manifieste en la forma mas elocuente posible". Bustillo no descartaba que en muchos casos, por distintos motivos, fuera necesario levantar "construcciones arquitectónicamente pobres y económicas", pero rechazaba que se considerara a esos objetos arquitectura y que no se tuviera el cuidado de colocarlos "en un ambiente en el que la arquitectura es necesaria".

La noción de "máquina de vivir" condenaba a los usuarios de esas "casillas de cemento armado" a vivir en condiciones "muy poco confortables", con más sol y calor del necesario en el verano y condenados "al frío intenso del invierno [que] exigirá un abuso de calefacción". En suma, no sólo la teoría de ambos visitantes estaba equivocada sino que además

[...] los argumentos de estas personas no descansan sobre cimientos sólidos. ¿Su obra? Las plantas, de las que yo conozco, y lo digo sin el menor asomo de animosidad, son francamente malas. Desarticuladas, con los servicios mal ubicados, con poca independencia de las partes, revelan que la preocupación de la teoría ha dominado al sentido práctico y ha hecho olvidar lo aprendido en el estudio y la experiencia.

Así, al "clasicista" Le Corbusier de Herrera Mac Lean, Bustillo opuso un iconoclasta y, más aún, un formalista devoto de *l'art pour l'art*, defensor verbal de la renovación técnica, pero de hecho despreocupado por la producción material y el destino concretos de sus obras.

Pero al finalizar la tercera década del siglo, en el densificado campo de la cultura arquitectónica de Buenos Aires el clasicismo depurado defendido por Bustillo no ocupaba el espacio casi excluyente de años anteriores. No sólo porque, como hemos visto, aunque de manera confusa estaban alumbrando posiciones nuevas, sino porque desde los comienzos del siglo se había asentado y difundido la contundente posición de quienes planteaban la necesidad de abandonar las normas académicas francesas y defendían una "arquitectura propia", que rescatara las formas construidas durante el período de la dominación colonial española. De manera que la crítica mas dura y consistente a las propuestas arquitectónicas de Le Corbusier provino de este sector a través de los artículos que Ángel Guido publicó en *La Prensa* y reunió más tarde en un libro editado en francés: *La Machinolatric de Le Corbusier*.¹¹

En un cierto sentido, el Le Corbusier atacado por Guido se asemeja al adversario de Bustillo: también ha descartado la decoración, y pretende que la belleza debe surgir de una respuesta objetiva, espontánea, a las necesidades, sin un trabajo "artístico" agregado. Pero, a diferencia de Bustillo, Guido plantea la necesidad de superar —a la manera de Otto Wagner— "a la arquitectura ecléctica y a las concepciones académicas anquilosadas en las universidades", apoyándose para ello "en la tradición nacional".

Como ese objetivismo "maquinista" elimina de la obra y la teoría corbusierana todo caracter artístico, Guido debe descartar la identificación "clásica" de Herrera Mac Lean. Pero simultáneamente, como él coincide con Le Corbusier en el cuestionamiento del academicismo defendido por Bustillo, para dibujar su propia posición no le basta considerar-

¹¹ Ángel Guido, *La Machinolatric de Le Corbusier*, Rosario, 1930.

lo un iconoclasta. De manera que, mediante una complicada manipulación de conceptos de la historiografía del arte alemana –particularmente de Heinrich Wölfflin–, identifica la obra “de forma abierta, pintoresca, sin claridad” del maestro suizo como representativa de un “barroco” “objetivo, físico, materialista” (a diferencia de lo que llama el “barroco espiritual” del siglo XVIII). El meollo de la crítica de Guido se dirige a un aspecto poco destacado –ni positiva ni negativamente– en la recepción de las ideas de Le Corbusier en Buenos Aires. A su juicio, los factores que inspiran la locura maquinista son “la ley de la economía, la standarización, el sistema Taylor”. Guido no objeta tanto la propuesta de tratar a la casa como si ella misma fuera o representara una máquina, sino que la cuestiona por ser entendida como *producto* de la máquina. En este sentido, su posición nostálgica de la “unidad perdida” –Guido provenía del movimiento reformista definido como *Kulturkampf* de las clases medias– se diferencia claramente de la de Bustillo en su apreciación del tema central de la estética modernista: la condición de repetibilidad, la inexorable pérdida del aura. Así, mientras Bustillo incorpora esta condición a la manera aristocrática, aceptando la diferenciación entre construcción y Arquitectura –o lo que es lo mismo entre los sectores sociales a las que cada una está dirigida–, Guido no acepta resignarse a la separación ni superarla, y a la búsqueda de una solución integradora rechaza la estandarización *tout court*. Contribuyendo a la satanización de la técnica, un tópico de raíz spengleriana frecuente en la corriente que representa, llega a afirmar:

La estandarización es un producto de la posguerra, un resultado de la decadencia estética habitual en los pueblos después de las conmociones de este tipo. Un pueblo joven como el de América debe repudiar con todas sus fuerzas la estandarización y los arquitectos deben ver en ella un signo de declinación, de senilidad creativa, de sumisión fatal del arte.

Si las anteriores son posiciones demostrativas de las variables interpretaciones –e instrumentaciones– culturales de las propuestas de Le Corbusier, no fueron menos importantes las lecturas realizadas desde distintos ámbitos preocupados por la evolución urbana de Buenos Aires. A menos de una semana de su llegada, el mismo día del comienzo de su ciclo en la AAA, el representante socialista Américo Ghioldi presentó al Concejo Deliberante de la ciudad un proyecto para promover la redacción de un “Plan Regulador y Previsor de la ciudad de Buenos Aires”. En su comentario de la propuesta, el periódico socialista *La Vanguardia* se manifiesta contrario a la idea de la expansión urbana como “manifestación natural de la vida de los hombres” y la atribuye centralmente a la especulación.¹² Plantea que además del problema de la habitación, un Plan deberá atender a la ampliación de los espacios libres, a la coordinación de los servicios, y descarta la prioridad estética en explícita crítica al Plan de 1925. Cita como antecedentes considerables los trabajos de Unwin, Le Corbusier, Joyant y Rey y presenta la larga lista de tareas (plano 1:5000 de la ciudad, plano catastral y de cotas, triangulaciones, estudios geológicos, meteorológicos, de transporte, legislación, sistema impositivo) que en tres etapas (compilación del material, preparación de esquema y anteproyecto, elaboración final) deben ser realizadas en un plazo que no podrá ser inferior a los dos años, primordialmente por funcionarios municipi-

¹² *La Vanguardia*, Buenos Aires, 4-10-1929.

pales. Sólo en las dos últimas etapas debería intervenir un urbanista de renombre. El problema es extremadamente complejo y por eso los socialistas piensan que “no es el caso de llamar al hombre de ciencia que prepare a dedo un plano regulador de Buenos Aires”. Ni los redactores del periódico en general, ni Ghioldi en particular podían ignorar la presencia de Le Corbusier en la ciudad, de manera que, pronunciada en esos días, la última frase tenía un destinatario preciso. A pesar de lo cual, habida cuenta de la destacada mención entre los antecedentes, ésta podía ser considerada también como una auspiciosa *apertura* de una posibilidad futura.

Por su lado *La Nación* publicó dos editoriales. Uno, el día 8, cuando Le Corbusier debía referirse al tema “Architecture en tout, Urbanisme en tout”, y el otro el domingo 20 que sucedió a su presentación, el viernes, de la propuesta para Buenos Aires. El primero, titulado “El plan regulador y de extensión de la Capital”, consiste en la exigencia a las autoridades de un “plan conjunto” para la ciudad que coordine las distintas iniciativas. A juicio del periódico:

El plan regulador de una ciudad establece de manera definitiva el ancho de las vías de comunicación a nivel y subterráneas; la disposición, dimensiones y vinculación de los parques, plazas, jardines y campos de juego y reservas boscosas, el emplazamiento de los edificios públicos, estaciones, puertos, hospitales, mercados, y todo otro centro de convergencia, dispone la distribución por barrio de las diferentes actividades caracterizando y separando así las zonas comercial, industrial y residencial, fija la red tranviaria y ferroviaria y reglamenta el carácter y altura de la edificación, teniendo en cuenta el destino de las construcciones y su ubicación, los servicios sanitarios y todo cuanto concierna a la salud pública, contemplando siempre el aspecto económico de los proyectos y arbitrando los recursos necesarios para realizarlos.

En el editorial del domingo 20, titulado “Buenos Aires y su zona de influencia”, el periódico hizo hincapié en la necesidad de trazar y coordinar especialmente una adecuada red de comunicaciones en torno a la Capital.

Hemos presentado hasta aquí las principales lecturas de las propuestas corbusianas realizadas durante su estadía de varias semanas en Buenos Aires. Es obvio que el análisis de su recepción no puede restringirse a ese breve lapso, y de hecho son importantísimas las consecuencias y desarrollos posteriores que, en lo referido al impacto directo de sus ideas, culminaría a finales de la década del cuarenta. De todos modos, el material examinado parece suficiente para advertir por un lado la incipiencia y por otro la no despreciable densidad de la cultura argentina en las postrimerías de la crisis.

Es sabido por otra parte que, a diferencia de lo ocurrido en otros países latinoamericanos, el “corbusianismo” tuvo en nuestro país escasos defensores. ¿Qué nos dicen de esto los testimonios examinados? Por un lado es bueno advertir que en los casos de mayor repercusión su propuesta fue leída en clave de reforma estética y urbana, pero no social. Esa clave fue promovida por el propio Le Corbusier, quien no otra cosa, de hecho, planteó en sus conferencias. Y nadie olvida la contundente alternativa con que había concluido pocos años antes el libro que lo instaló en la opinión internacional: “arquitectura o revolución”. Pero, a la vez, este relativo descompromiso que lo separaba de otros sectores

de las vanguardias europeas tampoco contribuía a suscitar una adhesión plena en campos culturales que, como el de Buenos Aires, contaban con una considerable densidad. Es cierto que, gracias a sus múltiples valencias, la poliédrica propuesta corbusierana permitía avisorar posibles articulaciones con los núcleos diversos que permiten definir esa densidad. Pero ni en el plano estético ni en el plano urbano sus posiciones aparecían como únicas alternativas convincentes. A diferencia de lo que ocurrió en un caso como el del Brasil, en el que un puñado de jóvenes arquitectos tomaron “por asalto” el aparato cultural estatal, en la Argentina, no por atrasado sino, por el contrario, por su mayor desarrollo, ese campo no se rindió a primera vista ante su extraordinario magnetismo. O al menos esto no ocurrió allí donde más se lo esperaba, en el círculo de la AAA.

Pero, como vimos, no debería descuidarse lo ocurrido en la Universidad. No fue muy distinta la actitud de Butty de la asumida por Leopoldo Agorio, decano de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de la República en el Uruguay, quien contribuyó al desarrollo de adhesiones más consistentes como la de Gómez Gavazzo. Aunque sepamos de antemano que no tendremos respuestas, vale la pena preguntarnos qué hubiera ocurrido de no haberse torcido el proceso académico como consecuencia del golpe pocos meses más tarde. Vislumbramos así fugazmente la imagen de un sector modernista hasta ahora oscurecido en una historia que parece haber escuchado con exagerada devoción y exclusividad los brillantes testimonios de la élite de la AAA. Un sector que demostraba estar dispuesto a desarrollar un tipo de lectura técnica –en lo constructivo e incluso en lo urbano– de las propuestas corbusieranas, aunque no por ello prescindiera de otros enfoques.

Le Corbusier intuyó las diferentes posiciones y potencialidades que caracterizaban a estos dos sectores y procuró reunirlos cuando imaginó la constitución de un Comité Cívico para el Plan de Buenos Aires. En ese Comité la AAA estaba representada por Victoria Ocampo, Enrique Bullrich y Julio Rinaldini, mientras que Dagnino Pastore, Della Paolera y, sobre todo, el ingeniero Antonio Vilar representaban el grupo “técnico”. El Comité nunca se hizo realidad. El Plan, en cambio, pudo avanzar una década más tarde, de la mano de un grupo de muchachos que no por azar calcaban, ahora sí, la operación “retrasada” del Brasil. □